

Entonces entró en escena la Candelari. La Candelari que, silenciosa, se echaba a temblar cada vez que oía un ruido en las escaleras o el fuerte pisar de las botas de los soldados en la calle.

—Pero, don Manuel —dijo con voz suplicante—. ¿No cree usted que les detendrán antes de llegar a la estación?

—Tranquilízate, mujer. Si antes he venido solo, mejor iré ahora con tu marido. Los que le conozcan a él, le saludarán sin fijarse en mí. Y aunque se fijen, ¿qué de particular tiene que el maestro acompañe a un pobre cashero que no sabe encontrar solo la estación?

Y se echó a reír de buena gana.

Como no era cosa de desairar a don Manuel, Bizcarrondo se dispuso a acompañarle a pesar del miedo que sentía. (Miedo, sí señor, ¿a qué negarlo?)

Al salir, echó una tierna mirada a su esposa. Una mirada de despedida —¿definitiva? ¿breve quizás?— que movió a la Candelari a que se arrojase en sus brazos.

—¡Adiós, Miguel! —Y acercando los labios

a su oído—: ¡Y quiera la Virgen que vuelvas!

El maestro se secó unas lágrimas traidoras y la Candelari se sentó, derrumbada, en una silla. Se habían despedido como si ya no pensasen volver a verse más.

Y al ver que el maestro tardaba, una, dos y cien veces pensó la Candelari que ya no regresaría jamás.

Sin embargo, Santa Cruz, acompañado del maestro, se dirigió a la estación sin un recelo, sin un titubeo. Nada le importaba que Rentería fuese villa eminentemente liberal y que aquel día se diera la especial circunstancia de que estuviese atestada de tropas del Gobierno.

Se dirigió a la taquilla y pidió un billete para Beasain. Sus muchachos estarían impacientes esperándole en el monte.

Se puso a pasear por el andén entre oficiales liberales que no le reconocieron. El tren traía retraso —¡también entonces!— y Santa Cruz no ignoraba que cualquiera de aquellos que esperaban impacientes al tren en la estación podían ganarse diez mil reales (de los de antes) con sólo decir: —¡Detenerle! ¡Ese es Santa Cruz!

Pero nadie le reconocía, y Bizcarrondo pudo volver a a casa tranquilo.

El tren, jadeante y pesado, arrancó —¡al fin!— para Beasain.

En el departamento donde iba el Cura se hablaba —¿cómo no?— de la guerra.

Uno de los viajeros se quejaba del estado de cosas reinante, de la inseguridad de los viajes y de los mortales sustos por los que había que pasar.

—Figúrense ustedes —decía—, que no hace mucho tiempo oímos un tiroteo y se detuvo el tren. En seguida pasó el mismo Santa Cruz, el feroz cura, registrándolo vagón por vagón. El susto que nos llevamos no es para contado. ¿Creen ustedes que hay derecho a eso?

Y de un rincón del departamento salió la voz de un cashero. De un cashero aldeano e inoshentón —¿no había algo de picardía en sus ojos?— que decía:

—¡Jesús, qué miedo! ¿Y dónde está el Gobierno que no vigila mejor el ferrocarril? ¡A dónde vamos a parar! ¡Mira que no poder ya ni viajar seguro!...

BULTZI - LEIOTIK

(DESDE LA VENTANA DEL TREN)

*Oi, lur, oi, lur!
Oi, ene lur nereá!...
oi, goiz eme,
parre gozoz ernea!...*

*Arto muzker,
mendi, baserri zaarrak;
ale gorriz
abailduta sagarrak:*

*oro laño
mee batek estalia,
urrez oro
eguzkiak yantzia...*

*Nekazari,
gizandi bat iduri
soroan zut:
beyondeizula zuri!...*

*Zure bazter,
gurazko aberria,
doa zoro
(ta bertan ni) bultzia...*

*Oi, ene lur,
ba'ninduzu zerea,
zu landu, ta
zure sariz aseá!...*

*Bañan... ezin:
beeko bear gorriak
narama... Agur,
soro, sagar, mendiak!...*

LIZARDI

Xenpelar, el obrero bertsolari

El famoso bertsolari Xenpelar trabajaba en la Fábrica de tejidos de Rentería, fábrica que aún se conoce como la "Fábrica grande". Xenpelar era en ella una especie de "catapás" o jefe de cierto número de obreros.

Como en la fábrica estaba prohibido fumar, uno de sus subordinados, un tal Muxarro, solía recurrir al W.C. para fumarse allí las pipas que se le antojaban. Pero un día le fué descubierto el truco por Xenpelar, quien le afeó su conducta — ¡ benditos aquellos tiempos! — cantando y en verso.

*Aizak, Manuel mañontzi,
urrengorako goraintzi.
¿Ez al akiken or pipa artzia
ez dala lizentzi?
Injenio txarrak utzi,
bestela ezurrak autsi.
Giza-legia nolar biar dan
ezin erakutsi.*

A esto le contestó Muxarro muy dignamente, también cantando:

*Nik ba-det giza-legia
Prantxisku'k bañon obia;
beste tatxarik ez zait arkitzen:
arlote pobria.
Injenio noblia,
kortesi pare-gabia,
neri ezurrak austeko ¿nun dek
ik abilidadia?*

Xenpelar, de nuevo:

*Ziri bat sartu dit neri,
ara nik ere berari.
Abildade gutxi daukanik
ez esan inñori.
Azala daukak ik lodi,
mamirik ez duk ageri
Ezur igarrak austen zallak tuk,
ba-zekiyet ori.*

Aún volvió a contestar Muxarro, con versos que se conocen. Lo que ya no se sabe es si allí acabó la contienda o tuvo su prolongación más tarde en alguna sidrería. Benditos aquellos tiempos, repetimos, en que el vasco tenía humor para cantar y versificar, aun en los momentos solemnes, como en el caso que se relata, o como en el de aquel moribundo que improvisó unos versos de salutación al llegar el Santísimo a su casa.

A.